

- Autoridades de la Asociación de Ex-alumnos.
- Autoridades del Colegio aquí presentes.
- Profesores y ex profesores de la institución
- Agentes de la SIDE infiltrados.

Queridos Ramambledos:

Algunos de ustedes se sorprenderán de mi presencia en este estrado teniendo en cuenta mis conocidas limitaciones para la expresión oral y escrita. En general mis pocas virtudes estuvieron siempre ligadas al fútbol, deporte en el que me destaqué por la producción de lesiones de muy difícil recuperación perpetradas en los físicos de mis adversarios de promoción más habilidosos.

La generosidad de la comisión organizadora de este cónclave, título pomposo si los hay, y la cobardía de otros compañeros postulados, me colocan ante la tan honorable distinción de compartir con ustedes algunas certezas y muchas dudas (jactancia de intelectuales según un filósofo bonaerense).

Hace unos días, cuando estaba abocado a tareas inherentes a este festejo, la primogénita de mis hijas mellizas me formuló la siguiente pregunta: "Viejo, ¿Qué significa Ramambledo?".

Yo, tratando de calmar sus ansias de conocimiento y, como de costumbre en estos casos le contesté: "Fijate en el diccionario".

Allí, entre las palabras "*Ramalear, verbo, seguir bien la bestia al que lleva del rama*", y "*Raman, Chandrasekhara Venkata (1888 - 1970) físico indio, etc.*", encontró la siguiente definición:

"Ramambledo: promoción de alumnos del CNBA (1970 – 1974) caracterizada por ser la última eyectada de los claustros con anterioridad al Golpe de Estado Militar, asesino, corrupto, apropiador de menores, cínico y cobarde autodenominado Proceso de Reorganización Nacional, perpetrado en cuerpo y alma de la sociedad argentina el 24 de marzo de 1976."

A pesar de la precisión de la definición me pareció apropiado ampliar el escueto postulado, y a medida que trataba de hacerlo comencé a descubrir yo mismo los alcances conceptuales de aquella palabra.

Le conté que los integrantes de Ramambledo habíamos ingresado al colegio proviniendo de hogares de muy diversas características culturales, económicas, religiosas, sociales; que habitábamos en los más diversos barrios de la Capital y el Gran Buenos Aires; que algunos nos aventuramos al examen de ingreso por convicción propia, otros sutilmente presionados, o directamente llevados de una oreja. Estudiando solos o en Giménez. Aprobando holgadamente, o raspando (arañando para los hinchas de River). En la búsqueda de la excelencia o buscando dejar contentos a los padres ex-alumnos.

Nada de eso importó dentro de las aulas, le aclaré. A todos nos ofrecieron las mismas herramientas, nos plantearon los mismos

desafíos, nos impusieron la responsabilidad histórica de los logros de anteriores ocupantes de aquellos bancos, nos grabaron a fuego el origen laico, gratuito y democrático de la educación que se nos impartía.

Nos pusieron en manos de profesores, todos con bien ganado prestigio; algunos como intelectuales, otros como investigadores o profesionales, la mayoría como excelentes e innovadores comunicadores y generadores de conocimiento. Los había antisemitas, comunistas, conservadores, gorilas, revisionistas rosistas o socialistas. La mayoría con muchas de estas características mezcladas. Aprendimos a reconocerlos, a diferenciarlos, a formar nuestros propios conceptos, a enfrentar unidos algunas actitudes descomedidas o a apoyar fervientemente otras encomiables, mientras incorporábamos más y más conocimientos.

Siguiendo atentamente mis palabras, mi hijita se enteró de que algunos compartimos los 5 años de estudios, otros menos. Que muchos vivimos juntos los auto golpes de Estado militares previos a las elecciones de 1973, la vuelta a la democracia y un período de desorganización y esperanzada utopía. Que anduvimos ataviados con uniformes en alguna época, con vaqueros y camperas en otra. Que algunos jugábamos al fútbol en el campo de deportes de Cangallo y Costanera, otros al rugby en Central Buenos Aires, que algunas chicas" jugaban jockey en Ci. En. Bi. Ei." (¡que lindos que les quedaban los bombachones negros!). Que todos sin excepción teníamos que estudiar y laburar mucho para mantener el ritmo de exigencia y así poder realmente aprender o aunque más no fuese,

zafar. Fuimos testigos todos de una apertura cultural explosiva. Vimos a Joan Baez, a Santana, a Serrat, a Viglietti; también a Pappo's Blues, a Sui Generis, a Crucis; disfrutamos cine de autor en el cine Arte de Diagonal Norte, o teatro en el San Martín; nos cruzábamos siempre con alguien de la promoción en la calle Corrientes que vivía una época de esplendor. Vimos varias veces Woodstock en la traspasada de Ritz.

Estábamos muy politizados. Algunos militaban con pasión. En la FEDE, en FRANJA, en la UES. Había troskos, gorilas, indiferentes a la política partidaria. La mayoría teníamos fuertes posiciones tomadas con respecto a los temas del país y la sociedad argentina. Participábamos y discutíamos todo. Cuando la paleontología se apoderó del Ministerio de Educación y de la Universidad de Buenos Aires en 1974, dejaron de importar todas las diferencias y matices. Pasamos a ser todos zurditos.

Nosotros sabíamos que éramos otra cosa, éramos Ramambledo y defendimos el Colegio a nuestra forma: con una toma más simbólica que efectiva pero que nos unió, ante el nuevo poder que se venía y ante nosotros mismos. Algunos fueron en cana. (Mi hija no podía creerlo, cuando le dije el nombre del joven senador por Capital que consiguió que los liberaran, claro, ella lo sufrió en otras actitudes).

Le seguí contando que nos quisieron separar mezclando las divisiones y mandándolas a pisos diferentes, pero les salió el tiro por la culata y dejamos de ser 9 divisiones separadas en 2 turnos. Nos integramos mucho más fuertemente que antes aprovechando

los recreos, las salidas-entradas del mediodía cuando se juntaban los 2 turnos o los fines de semana en el campo de deportes. Las circunstancias nos habían hecho comprender el sentido de la palabra solidaridad. Ramambledo estaba más unido que nunca.

Sin embargo una realidad convulsionada y violenta nos dejó sin Machu – Pichu (una asignatura pendiente para muchos), sin reunión de despedida, sin Vuelta Olímpica, sin diplomas, distanciados de la institución la cual se tornaba más y más autoritaria. Demasiado separados y sin reacción ante las primeras muertes sufridas en carne propia. Con esa carga nos fuimos del Cole.

Luego tuvimos que sobrevivir a la multiprocesadora militar que cortó, picó, ralló, torturó, mató, desapareció, robó y cubrió mientras Martínez de Hoz hacía su trabajo. Luego de las Malvinas y las elecciones, recién en 1984 pudimos volver al colegio a terminar el bachillerato cuando nos dieron los diplomas. Algunos ya éramos profesionales y aún no habíamos podido cerrar aquella etapa 10 años después.

Personalmente creo que fuimos muy giles en ese período y Ramambledo se perdió mucho tiempo para compartir. Teníamos y tenemos muchas cosas en común más profundas que el partido político, el club de fútbol, el lugar de residencia. Esas cosas nos hacen juntarnos con palpable entusiasmo y emoción cuando hay una convocatoria como ésta.

Todos le damos importancia al escudito del colegio. Algunos somos fundamentalistas. Otros somos muy críticos. Algunos lograron que

sus pibes sigan sus pasos en el Nacional. Otros, como yo, que soy 3° generación (con abuelo carpintero del cole, padre becario Promoción 43, cofundador del grupo de teatro Juvenilia junto a Onofre Lovero y Carlos Somigliana, entre otros) tuvimos que admitir que nuestros hijos opten por otra institución secundaria de la UBA de similar perfil consumando un exceso de democracia familiar.

Cuando iba a continuar me di cuenta de que mi interlocutora (a la que, como se habrán dado cuenta, no le había dejado meter ni un bocadillo), se había apoliyado. Igual que algunos de ustedes.

Yo, entonces, me sequé las lágrimas (siempre me pasa cuando recuerdo aquellos momentos, especialmente cuando no tomé ni el ansiolítico ni el antidepresivo) y continué con las llamadas a condiscípulos.

Sin embargo me quedé pensando en que más allá de si le había aclarado algo a la durmiente quinceañera sobre su pregunta, a mí me había quedado bien en claro que un Ramambledo es un HERMANO que conocí en el aula y compartió una etapa fundamental, irrepetible, irrecuperable de nuestras vidas, que va a estar siempre a nuestro lado cuando lo necesitemos, hayamos tenido una amistad profunda o no, que se va a acordar muy bien de lo que éramos y de lo que queríamos, y nos va a hacer reflexionar sobre lo que somos y lo que hicimos; que se va a divertir con nosotros ésta y otras noches futuras compartiendo códigos y recuerdos, y que por sobre todo nos va a comprometer a que contribuyamos a que todos los pibes de hoy tengan la oportunidad de acceder a una educación gratuita, que valga el esfuerzo,

formativa, crítica, democrática, estimulante e incentivadora como la que nos dieron a nosotros.

Vayamos pues, ahora, entonces a confraternizar en nuestro trigésimo aniversario. Alimentemos nuestros estómagos y espíritus. Libemos los jugos fermentados de los frutos de los sarmientos andinos. Bailemos, charlemos, cantemos y disfrutemos impunemente de este reencuentro tan quinquenalmente infrecuente.

Sepamos que en contra de lo que escribió Sartre, "uno es lo que hace con lo que hicieron de él", hoy va a importar mucho menos lo que hayamos hecho con nuestras vidas, que el cariño que supimos sembrar en aquellos tiempos en que nos llevábamos el mundo por delante, y teníamos muchísimos más proyectos que recuerdos.

Mañana será otro día. Perdón, pasado mañana, porque la joda sigue hasta las 6 AM..

Finalmente, como decía alguien que mereció ser profesor del Colegio, aunque ni siquiera fue alumno :

"Mis queridos chichipíos, a seguir festejando, atenta la neurona, vermouh con papas fritas y good show"

CLAUDIO PROL
Ramambledo 721
Soldado raso